

COLECCION DE ESCRITORES MEXICANOS

AGUSTIN YAÑEZ

AL FILO DEL
AGUA

Prólogo de
ANTONIO CASTRO LEAL

CUARTA EDICION



EDITORIAL PORRUA, S. A.
AV. REP. ARGENTINA 15
MEXICO, 1963

COLECCION DE ESCRITORES MEXICANOS

AGUSTIN YAÑEZ

AL FILO DEL
AGUA

Prólogo de
ANTONIO CASTRO LEAL

CUARTA EDICION



EDITORIAL PORRUA, S. A.
AV. REP. ARGENTINA 15
MEXICO, 1963

Primera edición 1947

Copyright © 1963 by Agustín Yáñez.

**Esta edición es propiedad de la
Editorial Porrúa, S. A. Argentina 15
México 1, D. F.**

**Derechos reservados. Queda hecho el
depósito que marca la ley.**

**IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO**

COLECCION DE ESCRITORES MEXICANOS

—72—

AGUSTIN YÁÑEZ

AL FILO DEL AGUA

PRÓLOGO

La literatura narrativa ocupa un lugar importante en la obra de Agustín Yáñez. La vida de la provincia y su propia vida han ido dando la materia con que se tejen sus novelas. A fuerza de mirarse a sí mismo y de contemplar el medio en que nació y creció adquirieron en su imaginación perfil y relieve personajes y sucesos, libros y juegos, consejas y entretenimientos, amistades y lecturas, esperanzas y deseos. Y ya modelado por la imaginación, todo este variado repertorio fué pasando fácilmente a la página escrita.

La primera obra novelesca de Agustín Yáñez fué *Flor de juegos antiguos* (1942), formada por una serie de sucesos de infancia que quedaron prendidos al recuerdo de los juegos que se cantan y se bailan, de las festividades religiosas, de los días de campo y de las más atrevidas aventuras escolares. En la vida del niño la poesía de esos juegos, los regocijos de las posadas, los desvelos de la misa de gallo, los días de asueto robados a la escuela, las batallas con los grupos rivales o las salidas al campo con la familia son como las únicas islas que se salvaron de un vasto territorio que se hundió en el olvido. Y en la memoria infantil sólo perduran los personajes que habitan esas islas encantadas: las compañeras de los juegos que —entre pilares de oro y plata— despertaron las primeras ternuras del corazón, los amigos generosos y brutales que anticiparon los sobresaltos y las violencias de la vida, y las nobles figuras familiares, hechas de amor, severidad y sabiduría.

La segunda obra narrativa de Yáñez está compuesta con los punzantes recuerdos de los días de fiebre, de esa fiebre que repasa con su dedo ardiente imaginaciones borrosas, y que alumbraba —con su fuego de brasa— oscuros rincones de la memoria y la voluntad. En *Pasión y convalecencia* (1943) se destacan, profundos y gratos, los momentos en que nos salva y nos sostiene la existencia de los demás: ternura y acercamiento maternales, comunión con la naturaleza, fraternidad de los amigos. Momentos en que la conciencia pasa revista a lo que ha sido nuestra vida, en que contemplamos el desfile de proyectos olvidados, de nobles ambiciones, de flaquezas, incapacidades y temores, hasta que, al fin, ese mundo exacerbado se esfuma en el feliz amanecer de la salud que vuelve.

En la serie de novelitas reunidas bajo el título general de *Archipiélago de mujeres* (1943) Agustín Yáñez registra ese momento de revelación en que la literatura ilumina las sensaciones y abre nuevos campos al sentimiento. Se trata de amores en los que la realidad se aviva, se torna sola o se transfigura al contacto del mundo creado por la fantasía de los grandes genios literarios. Esos amores son, como el propio autor los llama, “escalas de adolescencia”, descansos morosos en el camino de un espíritu sensible a las excelencias de la literatura. En ellos el narrador descubre y profundiza sus propios sentimientos viviendo (y reviviendo, a su modo, en sí mismo) momentos de la vida de los personajes creados por los poetas. La poesía tiene un gran poder civilizador: ella nos enseña el nombre y los límites de nuestras pasiones. El amor juvenil —como en Calisto— siempre brotará incontenible y acabará por labrar su propio cauce; la atracción de cualquier Desdémona siempre amenazará con el poder perturbador de Otelo; la doncella doliente, que vive en una atmósfera de misterio, siempre encontrará redentores, como en los libros de caballerías; y el destino trágico de Tristán e Isolda siempre dejará en los labios la agria miel de los amores fatales.

Todas estas narraciones están entrelazadas con emociones e incidentes, con escenas y recuerdos, con reacciones y pensamientos de la propia vida del autor, cuyas líneas ha compuesto o afinado el arte a fin de pintar otras vidas con el aliento de la propia experiencia. Y como todo recuerdo tiene esencia estética, el autor, después de dejarlos reposar en la fértil oscuridad de la memoria, ha ido descubriendo perfiles literarios en los sucesos de su existencia.

Pero con su última novela —la que tiene en sus manos el lector— entra Agustín Yáñez en un campo más rico en personajes y problemas, que exige un mayor esfuerzo a su fantasía y observación. *Al filo del agua* (publicado por primera vez en 1947) es una serie de cuadros de la vida triste, conventual, hipócrita, estrecha y sombría de un pueblo del Bajío en que el cura, el jefe político y las principales familias mantienen la vida de la comunidad dentro de convenciones y conveniencias que, sin beneficiar a nadie, no hacen tampoco la felicidad de ninguno. Uno de tantos pueblos perdidos en los valles y las serranías de la República, en donde la inercia y los prejuicios, una religión hecha de supersticiones y una moral erizada de tabús no han dejado entrar ni la cultura ni la verdad, ni siquiera la vida con su limpia y gozosa alegría. Un pueblo que, como todos los de su clase, ahoga o expulsa a los que quisieran marcarle un camino hacia el progreso o a los que piensan que deben de ser otras las normas de la existencia en común.

No hay duda de que el autor ha tenido un largo contacto con el pueblo que le ha servido de modelo. (¿Se tratará de Yahualica? ¿De una Yahualica a la que, para intensificar la pintura, se han agregado rasgos, sucesos y personajes de otros lugares?) Se siente que en Agustín Yáñez han sido recuerdos familiares la vida, el carácter y las aventuras de los diversos personajes que aparecen en su narración. Hasta podría decirse que el libro está hecho con las memorias directas y con las memorias ajenas, transmitidas una y otra vez, a lo largo

de una época receptiva de la vida; y hasta me atrevería a afirmar que la persona que narra la historia de ese pueblo hipócrita sufrió durante algún tiempo la influencia de su vida conventual y estrecha, lo cual le ha permitido penetrar en ese sistema de represiones ante las demandas justificadas de la carne y el espíritu, que son los únicos diques —a falta de la seguridad moral fundada en un sentido más profundo y noble de la vida— que impiden que los atemorizados miembros de aquella comunidad caigan en la disolución y el desorden.

Pero, afortunadamente, el autor ha podido contrastar el ambiente de ese pueblo conventual con el de otros medios, en donde la vida es más abierta, liberal y humana, y ello le ha dado un nuevo punto de vista y una actitud crítica que le han permitido apreciar todo lo que hay de ceguera y tortura, de equivocación y atraso en esa vida sujeta a moldes tan duros y mezquinos. La pintura que ha hecho no está, sin embargo, viciada por un afán de propaganda social o política; el autor no ha querido hacer una obra de tesis, razonadora y militante. Pero la vida y todos los prejuicios y preocupaciones de ese pueblo triste están presentados tan fiel y objetivamente que el cuadro gana en intensidad y su pormenorizada imparcialidad convence más que un alegato. Y el libro viene a ser, sin proponérselo, la presentación de un caso clínico en el campo de la sociología. Habría que investigar en la historia de pueblos semejantes (que tanto abundan en la República) los más agudos problemas que presenta Yáñez en sus páginas. Habría que ver, por ejemplo, cómo la religión en los pequeños poblados ha ido deformando aun las formas más nobles y justificadas de la vida, de manera que los goces sacramentados del matrimonio cohiben y avergüenzan a los que contemplan una feliz pareja de recién casados, y cómo hasta la propia religión católica tiene, a los ojos severos de ciertos sacerdotes provincianos, un aire de exceso pagano que se creen obligados a apagar con torturas y frialdades que rayan en una in-

terpretación calvinista y personal que no justifican los dogmas.

Al filo del agua, que principia con la preocupación de unos "ejercicios espirituales", termina afortunadamente con la entrada triunfante de las fuerzas de la Revolución. El carácter de los personajes, sus reflexiones y pensamientos íntimos, los diversos incidentes en que intervienen y la vida general del pueblo están pintados con ese cuidado, con ese gusto de detalle, con esa pincelada insistente que repasa y empasta el color, características del estilo de Yáñez, que en ocasiones dañan la pureza y el ímpetu del perfil. Nada se deja de decir; la observación agota el modelo y los contornos se persiguen con incansable paciencia, porque Agustín Yáñez, a quien el humanista y humanísimo Gabriel Méndez Plancarte llamaba "el silencioso", no deja —cuando tiene la pluma en la mano— resquicio por donde pueda fugarse el lector.

La historia del pueblo se desarrolla en diversos cuadros de vidas fragmentarias de los personajes, de los contactos y encuentros que tienen esas vidas, de las festividades y los acontecimientos que acercan o contraponen a unos y otros personajes. El protagonista de la novela es ese pueblo católico e introvertido que va pintando el autor, mostrándonos sucesivamente cada una de sus facetas. Un pueblo terco, ensimismado, que no cambia. Hay que suponer, en artista tan consciente y reflexivo como Agustín Yáñez, que la impresión final que deja el libro fué buscada deliberadamente: es una impresión de tristeza y desconsuelo, porque la Revolución pasa por aquel pueblo conventual, hipócrita y sombrío removiendo sólo un poco la superficie, como el oleaje de un mar agitado en cuyo fondo las aguas de lo que llamaba Unamuno la intrahistoria, quedan, como siempre, quietas y oscuras.

La importante obra literaria que va a empezar a leer el lector puede considerarse un verdadero documento. De su lectura no sólo puede derivar placer y entretenimiento, sino el conocimiento de un mundo en

que están anquilosadas ciertas tradiciones, rémoras y normas de vida que forman el ambiente del monótono existir de tanto poblado mexicano en donde todavía no impera la cultura y la libertad.

ANTONIO CASTRO LEAL

DATOS BIOGRAFICOS

Agustín Yáñez nació en la ciudad de Guadalajara (Jalisco) el 4 de mayo de 1904. En esa ciudad hizo sus estudios primarios, los preparatorios y los profesionales de abogado, cuyo título obtuvo en 1929. En la Universidad Nacional de México se graduó de maestro y Doctor en Filosofía.

Ha sido profesor en varios planteles escolares de Guadalajara, director de Educación Pública y rector del Instituto en el Estado de Nayarit (1930-1931); en la ciudad de México ha sido profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Facultad de Filosofía y Letras y en El Colegio de México. Director de la Oficina de Radio de la Secretaría de Educación Pública (1932-1934), jefe del Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda (a partir de 1935) y Coordinador de Humanidades en la Universidad Nacional de México (1945).

Miembro del Seminario de Cultura Mexicana y presidente del mismo, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y del Colegio Nacional. Gobernador del Estado de Jalisco 1953-1959. Embajador Extraordinario en el sesquicentenario de la Independencia de la República Argentina y como jefe de la Delegación Mexicana en la XI Conferencia General de la UNESCO, París, 1960.

BIBLIOGRAFIA

Espejismo de Juchitán (México, 1940); *Flor de juegos antiguos* (Guadalajara, 1942; 2ª ed. 1959); *Genio y figuras de*

Guadalajara (México, 1942); *Fray Bartolomé de las Casas* (México, 1942; 2ª ed. 1949); *Pasión y convalecencia* (México, 1943); *Archipiélago de mujeres* (México, 1943; 2ª ed. parcial con el título de *Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas*. Buenos Aires, 1946); *El contenido social de la literatura iberoamericana* (México, 1944); *Esta es mala suerte* (México, 1945); *Alfonso Gutiérrez Hermosillo y algunos amigos* (México, 1945); *El clima espiritual de Jalisco* (México, 1945); *Yahualica* (México, 1946); *Don Justo Sierra, su vida sus ideas y su obra* (México, 1950); *Discursos por Jalisco* (México, Porrúa, 1958); *La Creación* (México, 1950); *Ojerosa y Pintada* (México, 1960); *La tierra pródiga* (México, 1960); *Las Tierras Flacas* (México, 1962). AL FILO DEL AGUA. 1ª edición, Editorial Porrúa, S. A. México, 1947; 2ª edición, 1955, 3ª edición, 1961. Traducción al francés con el título: *Demain la tempête*, Editorial Plon, París, 1960. Traducción al inglés con el título: *The Edge of the Storm*, translated by Ethel Brinton, Austin, University of Texas Press.

A. C. L.

INDICE

Prólogo por Antonio Castro Leal	vii
Acto preparatorio	3
Aquella noche	15
Ejercicios de encierro	39
Marta y María	71
Los Días Santos	81
El viejo Lucas Macías	125
Pascua	145
Los Norteños	151
Canicas	162
Victoria y Gabriel	177
El día de la Santa Cruz	196
El Padre director	217
Ascensión	237
La desgracia de Damián Limón	250
Estudiantes y ausentes	278
Pedrito	303
El cometa Halley	319

AL FILO DEL AGUA

Al filo del agua es una expresión campesina que significa el momento de iniciarse la lluvia, y —en sentido figurado, muy común— la inminencia o el principio de un suceso.

Quiénes prefieran, pueden intitular este libro *En un lugar del Arzobispado, El antiguo régimen*, o de cualquier modo semejante. Sus páginas no tienen argumento previo; se trata de vidas —*canicas* las llama uno de los protagonistas— que ruedan, que son dejadas rodar en estrecho límite de tiempo y espacio, en un lugar del Arzobispado, cuyo nombre no importa recordar.

ACTO PREPARATORIO

Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, al trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde —fuertes, claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozania, párvulas; en los atrios de iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas.

Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos. Puertas y ventanas de quistera cantería, cerradas con tablones macizos, de nobles, rancias maderas, desnudas de barnices y vidrios, todas como trabajadas por uno y el mismo artifice rudo y exacto. Pátina del tiempo, del sol, de las lluvias, de las manos consuetudinarias, en los portones, en los dinteles y sobre los umbrales. Casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos; pero a lo alto, la fragancia de finos leños consumidos en hornos y cocinas, envuelta para regalo del cielo con telas de humo

En el corazón y en los alrededores el igual hermetismo. Casas de las orillas, junto al río, junto al cerro, al salir de los caminos, con la nobleza de su cantería, que sella dignidad a los muros de adobe.

Y cruces al remate de la fachada más humilde, coronas de las esquinas, en las paredes interminables; cruces de piedra, de cal y canto, de madera, de palma; unas, anchas, otras, altas; y pequeñas, y frágiles, y perfectas, y toscas.

Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones. Pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias, y cuando en las iglesias la opresión se desata en melodías plañideras, en coros atiplados y roncós. Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento: nunca, nunca. Las familias entre sí se visitan sólo en caso de pésame o enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado.

Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Áridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos.

Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillante. Pilonés de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne.

La limpieza pone una nota de vida. Bien barridas las calles. Enjalbegadas las casas y ninguna, ni en las orillas, ruinosas. Afeitados los varones, viejos de cara cenceña, muchachos chapeteados, muchachos pálidos, de limpias camisas, de limpios pantalones; limpios los catrines, limpios los charros, limpios los jornaleros de calzón blanco. Limpias las mujeres pálidas, enlutadas, pálidas y enlutadas, que son el alma de los atrios, de las calles ensolecidas, de las alcobas furtivamente abiertas. Nota de vida y de frescura, las calles bien barridas bajo el sol y al cabo del día, entre la noche. Mujeres enlutadas, madrugadoras, riegan limpieza desde secretos pozos.

En cada casa un brocal, oculto a las miradas forasteras, como las yerbas florecidas en macetas que pueblan los secretos patios, los adentrados corredores, olientes a frescura y a paz.

Muy más adentro la cocina, donde también se come y es el centro del claustro familiar. Allí las mujeres vestidas de luto, pero destocadas, lisamente peinadas.

Luego las recámaras. Imágenes. Imágenes. Lámparas. Una petaquilla cerrada con llave. Algún armario. Ropas colgadas, como ahorcados fantasmas. Canastas con cereales. Algunas sillas. Todo pegado a las paredes. La cama, las camas arrinconadas (debajo, canastas con ropa blanca). Y en medio de las piezas, grandes, vacíos espacios.

Salas que lo son por sus muchas sillas y algún canapé. No falta una cama. La cama del señor. En las rinconeras, las imágenes principales del pueblo y del hogar, con flores de artificio, esferas y tibores. La Mano de la Providencia, el Santo Cristo, alguna Cruz Milagrosa que sué aparecida en algún remoto tiempo, a algún ancestro legendoso.

De las casas emana el aire de misterio y hermetismo que sombrea las calles y el pueblo. De las torres bajan las órdenes que rigen el andar de la casa. Campanadas de hora fija, clamores, repiques.

Pueblo conventual. Cantinas vergonzantes. Barrio maldito, perdido entre las breñas, por entre la cuesta baja del río seco. Pueblo sin billares, ni fonógrafos, ni pianos. Pueblo de mujeres enlutadas.

El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rastro de las mujeres con luto, de los hombres graves, de los muchachos colorados y de los muchachillos pálidos. Hay que oírla en los rezos y cantos eclesiásticos a donde se refugia. Respiración profunda, respiración de fiebre a fuerzas contenida. Los chiquillos no pueden menos que gritar, a veces. Trepidan las calles. ¡Cantaran las mujeres! No, nunca, sino en la iglesia los viejos coros de generación en generación aprendidos. El cura y sus ministros pasan con trajes tales y los hombres van descubriéndose; los hombres y las mujeres enlutadas, los niños, les besan la mano. Cuando llevan el Santísimo, revestidos, un acólito —revestido— va tocando la campanilla y el pueblo se postra; en las calles, en la plaza. Cuando las campanas anuncian la elevación y la bendición, el pue-